

gos; porque los Señores nada hacían sin el consentimiento del Duque, y en el término de un año sacó de la ciudad cuatrocientos mil florines, á pesar de que, por el convenio hecho con él, no debían pasar de doscientos mil. ¡Tantos eran los gravámenes que diariamente él ó su padre imponían á la ciudad!

A estos daños se añadieron nuevos temores y nuevos enemigos, pues alarmó tanto á los gibelinos de Lombardia la llegada de Carlos á Toscana, que Galeazzo Visconti y los otros tiranos lombardos lograron con dinero y promesas viniera á Italia Luis de Baviera que, contra la voluntad del Papa, había sido elegido Emperador.

Llegó á Lombardia, pasó á Toscana, y, con ayuda de Castruccio, se apoderó de Pisa (1327). Sacando aquí dinero, dirigióse á Roma, lo cual ocasionó que Carlos partiese de Florencia, temiendo por el reino de Nápoles. Dejó por su vicario á Felipe de Sanguineto.

Al partir el Emperador se quedó Castruccio con Pisa. Los florentinos le quitaron Pistoia, valiéndose de tratos con los de esta ciudad; pero Castruccio la sitió, portándose con tanto valor y tenacidad, que, aun cuando los florentinos probaron muchas veces socorrerla y unas atacaron á su ejército y otras invadieron sus tierras, no pudieron ni con la fuerza ni con la industria apartarle de su empresa. ¡Tal era su ansia por castigar á los de Pistoia y por convencer á los florentinos de su inferioridad!

Vióse, pues, Pistoia obligada á recibirle por Señor; pero á este triunfo, tan glorioso para él, siguió un desastre no menos considerable, porque á su vuelta á Luca murió (1328). Y como rara vez la fortuna proporciona

un bien ó un mal sin acompañarlo de otro bien ú otro mal, murió también en Nápoles Carlos, duque de Calabria y señor de Florencia, y los florentinos, contra toda esperanza, quedaron libres en poco tiempo de la dominación de éste y del temor á aquél.

Reformaron entonces el gobierno de la ciudad, suprimiendo los antiguos Consejos y creando dos, uno de trescientos ciudadanos del pueblo y otro de doscientos cincuenta, nobles y plebeyos, llamando al primero *Consejo del pueblo* y al segundo *Consejo comunal*.

XXXI. Al llegar á Roma el Emperador, creó un antipapa y dispuso muchas cosas contrarias á la Iglesia, intentando otras varias que no tuvieron efecto. Acabó por retirarse vergonzosamente de esta ciudad y volver á Pisa (1329), donde, ó por descontento ó por falta de paga, se sublevaron unos ochocientos caballos tudescos, fortificándose en Montechiaro, sobre el Ceruglio. Cuando el Emperador partió de Pisa para ir á Lombardia, esta tropa sublevada se apoderó de Luca, expulsando á Francisco Castracani que el Emperador había dejado allí, y deseosa de sacar alguna utilidad de aquella presa, se la ofreció á los florentinos por ochenta mil ducados, pero éstos rehusaron el trato por consejo de Simón de la Tosa.

Esta determinación hubiera sido á nuestra ciudad utilísima, si persistieran en ella los florentinos, pero, por haber mudado al poco tiempo de parecer, fué muy dañosa; pues si entonces por poco costé pudieron adquirir pacíficamente á Luca y no la quisieron, después, cuando la desearon, no pudieron conseguirla por mucho mayor precio. Tal versatilidad fué causa de que Florencia, con gran daño suyo, variase repetidas veces su gobierno.

Por la negativa de los florentinos compró Luca en treinta mil florines el genovés Gherardino Spinola. Y como los hombres proceden con más lentitud en tomar lo que pueden haber fácilmente, que en desear lo que no pueden obtener, al saberse la compra hecha por Gherardino y el poco dinero que le había costado, experimentó el pueblo de Florencia vehemente deseo de poseer á Luca, censurando su propia conducta y la de los que le habían disuadido de comprarla; y para adquirir por fuerza lo que no había querido por dinero, envió sus tropas á saquear las posesiones de los luqueses.

Entretanto, el Emperador había partido de Italia y, por orden de los pisanos, fué enviado prisionero á Francia el antipapa.

Desde la muerte de Castruccio, en 1328, hasta 1340 gozó Florencia de tranquilidad interior, atendiendo á los asuntos exteriores, manteniendo varias guerras, en Lombardia por la venida del rey Juan de Bohemia, y en Toscana por la posesión de Luca. Adornaron entonces la ciudad con nuevos edificios, entre ellos la torre de Santa Reparata, conforme al consejo de Giotto, famosísimo pintor de aquella época. En 1333, á causa de lluvias abundantes, las aguas del Arno se elevaron en algunos sitios de Florencia á doce brazas, arruinando algunos puentes y muchos edificios; pero con grande actividad y cuantiosos gastos reedificaron lo destruído.

XXXII. En 1340 ocurrieron nuevas causas de perturbaciones. Los ciudadanos poderosos tenían dos maneras de mantener y aumentar su poder. Una era limitar tanto el número de nombres que se echaban en la bolsa para la elección de magistrados, que siempre recaía ésta en ellos ó en amigos suyos; otra, ser dueños de la elec-

ción de los Rectores, para tenerlos después favorables en los juicios. Lo segundo era para ellos tan importante, que, no bastándoles los Rectores ordinarios, á veces hacían venir un tercero. Por esto llamaron entonces extraordinariamente á Jacobo Gabriel de Agobbio con título de Capitán de la guardia, dándole amplia autoridad sobre los ciudadanos.

Por favorecer á los que gobernaban cometía éste diariamente muchas injusticias, y entre los ofendidos por ellas, lo fueron Pedro de Bardi y Bardo Frescobaldi, quienes, siendo nobles y naturalmente altivos, no podían sufrir que un forastero, sin razón y por halagar á algunos poderosos, les ofendiera. Tramaron, para vengarse, una conjuración contra Jacobo Gabriel y los que gobernaban, en la cual entraron muchas familias nobles y algunas del pueblo que aborrecían la tiranía de los gobernantes.

La orden dada á los conjurados fué que cada cual reuniera en su casa toda la gente armada que pudiese, y en la mañana del solemne día de Todos los Santos, cuando el pueblo estuviera en los templos rogando cada cual por los muertos de su familia, empuñar las armas, matar al Capitán y á los principales gobernantes y reformar el gobierno, eligiendo nuevos Señores.

Las empresas peligrosas, cuanto más se piensan peor se ejecutan, y sucede siempre que las conjuraciones cuya ejecución se difiere, son descubiertas. Entre los conjurados estaba Andres de Bardi, que, meditando la cosa, pudo en él más el miedo á la pena que el deseo de la venganza, y descubrió la conjuración á su cuñado Jacobo Alberti, Jacobo á los Priors y éstos á los demás miembros del gobierno.

El peligro estaba cercano, porque faltaban pocos días para el de Todos los Santos. Muchos ciudadanos acudieron al Palacio, persuadidos de que era arriesgado esperar, y pidieron á los Señores que tocaran la campana, llamando al pueblo á las armas. Era confaloniero Taldo Valori, y Francisco Salviati uno de los Señores. Por ser éstos parientes de los Bardi, no les agradaba que tocasen la campana, alegando que no era prudente hacer que, por tan ligero motivo, se armase el pueblo, pues la autoridad que se daba á la multitud, sin freno que la contenga, jamás produce buenos resultados, y los escándalos se provocan tan fácilmente como difícilmente se apaciguan.

Por todo esto juzgaban más atinado averiguar primero la verdad de la conjuración y castigarla judicialmente que, por una sencilla denuncia, exponer á Florencia á los daños de un tumulto para corregirla.

Ninguno quiso escuchar estos consejos, siendo obligados los Señores, con modales injuriosos y frases violentas, á tocar la campana, á cuyo sonido todo el pueblo acudió armado á la plaza.

Por su parte los Bardi y Frescobaldi, viéndose descubiertos, para vencer con gloria ó morir con honra, empuñaron las armas, creyeron poder defender la parte de la ciudad del lado de allá del río, donde tenían sus casas, y se fortificaron en los puentes, esperando socorro de los nobles de la campiña y de otros amigos suyos; pero destruyeron esta esperanza los del pueblo que, con ellos, habitaban aquella parte de la ciudad, pues se armaron en favor de los Señores; de suerte que, encontrándose cortados, abandonaron los puentes, concentrándose en la calle donde habitaban los Bardi, por ser

la más fuerte de todas, donde hicieron valerosa defensa.

Sabía Jacobo de Agobbio que aquella conjuración era contra él, y temeroso de morir, asustado y estupefacto en medio de su gente armada, estaba junto al palacio de la Señoría; pero los otros Rectores, por ser menos culpados, eran más valientes, y sobre todo el Podestá, que se llamaba Maffeo de Pontecarali.

Acudió éste donde se batían, y sin miedo á nada, pasado el puente de Rubaconte, se metió entre las espadas de los Bardi, haciendo señal de que quería hablarles. La consideración que gozaba, sus costumbres y sus demás cualidades, hicieron que inmediatamente cesara el combate y le escucharan en silencio. Con graves y moderadas palabras censuró la conjuración; les mostró el peligro en que se encontraban si no cedían al ímpetu del pueblo, les dió esperanza de que después serían oídos y juzgados con indulgencia, y prometiéndoles influir para que se atendieran sus quejas justificadas.

Volviendo en seguida á los Señores, les persuadió de que no quisieran vencer á costa de la sangre de sus ciudadanos, ni juzgaran á los conjurados sin oírles; y tanto trabajó que, con el consentimiento de los Señores, los Bardi y Frescobaldi, con sus partidarios, abandonaron la ciudad y, sin impedimento alguno, retiráronse á sus castillos.

Depuso las armas el pueblo, y los Señores sólo procedieron contra los de las familias Bardi y Frescobaldi cogidos con las armas en la mano. Para disminuir el poder de éstas, compraron á los Bardi los castillos de Mangona y de Vernia, y dieron una ley para que ningún ciudadano pudiera tener castillos á menos de veinte millas de Florencia.

Pocos meses después fueron decapitados Stiatto Frescobaldi, y muchos otros de esta familia, declarados rebeldes (1).

No bastó á los que gobernaban vencer y dominar á los Bardi y Frescobaldi, sino, como hacen casi siempre los hombres, que cuanto mayor autoridad tienen, peor usan de ella y con mayor insolencia, al Capitán de la guardia, que desolaba á Florencia, añadieron otro para el campo, con grandísima autoridad, á fin de que los sospechosos no pudieran habitar ni dentro ni fuera de la ciudad. De esta suerte concitaron en contra suya á todos los nobles, hasta el punto de estar dispuestos, por vengarse, á entregar la ciudad y á entregarse ellos mismos. Esperando al efecto ocasión propicia, vino muy á propósito y la aprovecharon mejor.

XXXIII. Por las muchas perturbaciones ocurridas en Toscana y Lombardía, llegó la ciudad de Luca á poder de Mastino de la Scala, señor de Verona (1341), quien, aunque obligado á entregarla á los florentinos, no lo hizo, porque siendo señor de Parma, creía poderla conservar y no se cuidaba de cumplir la promesa de devolverla. Los florentinos, para vengarse, se unieron á los venecianos y le hicieron tan porfiada guerra, que á punto estuvo de perder todos sus dominios. No obtuvieron, sin embargo, aquéllos otra ventaja que la satisfacción de haber batido á Mastino, porque los venecianos, como hacen todos los que se coligan con otros menos poderosos, cuando tomaron á Treviso y Vicenza, sin cuidarse de los florentinos, ajustaron la paz.

(1) No por estos sucesos, sino por ayudar á los pisanos en la guerra que sostenían contra la república de Florencia.

Poco después, los Visconti, señores de Milán, quitaron Parma á Mastino, y juzgando éste que no podía seguir en posesión de Luca, determinó venderla. Fueron competidores para su adquisición los florentinos y los pisanos; pero, durante las negociaciones, al comprender éstos que la adquirirían aquéllos porque eran más ricos, apelaron á la fuerza y, con el apoyo de los Visconti, salieron á campaña.

No por esto cesaron los florentinos en los tratos para la compra, ajustándola con Mastino, pagando parte del dinero, dando rehenes por el resto y enviando á tomar posesión á Naddo Rucellai, Juan Bernardino de Médicis y Rosso Ricardo de Ricci, quienes entraron en Luca por fuerza y las tropas de Mastino les entregaron esta ciudad.

Continuaron los pisanos su empresa, procurando por todos los medios apoderarse de Luca. Los florentinos se esforzaban por librarla del asedio y, después de larga guerra, con pérdida de dinero y ganancia de humillaciones, fueron éstos rechazados, quedando los pisanos señores de Luca.

La pérdida de esta ciudad, como en tales casos sucede siempre, hizo que el pueblo florentino se irritara contra los gobernantes, y en todas las calles y plazas públicamente les censuraban, acusándoles de avaricia y de haber dado malos consejos.

Al principio de esta guerra dieron autoridad para administrarla á veinte ciudadanos, que eligieron por jefe de la empresa á Malatesta de Rimini. Éste la dirigió con escaso valor y menos prudencia. El Consejo de los Veinte pidió auxilio á Roberto, rey de Nápoles, quien envió á Gauthier, duque de Ate-

nas (1), el cual, como disponen los cielos cuando preparan el mal futuro, llegó á Florencia cuando la empresa de Luca estaba completamente perdida (1342).

Viendo el Consejo de los Veinte la indignación del pueblo, pensó elegir nuevo Capitán para reanimar sus esperanzas, y con esta elección, ó refrenarlo, ó quitar pretexto á las calumnias; y para inspirar temor al pueblo, como también para que el Duque de Atenas pudiera defender al Consejo con mayor autoridad, eligieron á éste primero Conservador y después Capitán de su gente de armas.

Los nobles, por motivos antes referidos, vivían malcontentos, y como muchos de ellos tenían relaciones con Gauthier desde la época anterior en que gobernó á Florencia á nombre de Carlos, duque de Calabria, creyeron llegado el momento de satisfacer sus rencores con la ruina del gobierno republicano, juzgando que la única manera de dominar aquel pueblo que les había humillado, era sujetarlo á la dominación de un príncipe conecedor de la virtud de unos y de la insolencia de otros, para que premiara aquélla y refrenase ésta; á lo cual añadían la esperanza de ser recompensados por quien, gracias á sus esfuerzos, adquiriera el principado.

Fueron, pues, muchas veces en secreto á casa del Duque, y le persuadieron de que debía apoderarse de la suprema autoridad, ofreciéndole todo su apoyo. Unieron sus excitaciones á las de los nobles algunas familias del pueblo, como eran los Peruzzi, Acciajuoli, Antellesi y

(1) Consta, por lo contrario, de los documentos que éste fué invitado directamente y vino, sin que supiera nada de ello el rey Roberto.

Bonaccorsi que, agobiadas de deudas y sin poder pagarlas con sus bienes, deseaban satisfacerlas con los de los otros, y librarse, á cambio de la servidumbre de la patria, de la en que ellos estaban respecto á sus acreedores.

Tales persuasiones excitaron en el ambicioso carácter del Duque el deseo de dominar, y para adquirir fama de justo y severo y por esta vía atraerse el favor del pueblo, perseguía á los que habían administrado la guerra de Luca. Por ello quitó la vida á Juan de Médicis, á Naddo Rucellai y á Guillermo Altoviti, condenó á otros á destierro y á muchos á multas.

XXXIV. Estas ejecuciones asustaron sólo á la clase media y en cambio satisficieron á los nobles y á la plebe, á ésta por su instinto de alegrarse del mal ajeno, y á aquéllos porque se veían vengados de tantas ofensas como de los ciudadanos habían recibido.

Cuando el Duque paseaba por las calles, se elogiaba á voces la franqueza de su carácter, exhortándole todos públicamente á descubrir y castigar los fraudes de los ciudadanos. La autoridad de los Veinte había, pues, venido á menos; la fama del Duque era grande, y el temor grandísimo, tanto que cada cual, por mostrarse amigo suyo, colocaba en su casa las armas ducales, no faltándole para ser príncipe más que el título.

Parecióle que podía ya intentarlo todo seguramente é hizo saber á los Señores que juzgaba necesario, para bien del Estado, se le concediese libremente la soberanía, deseando por tanto, ya que toda la ciudad consentía en ello, que ellos también consintieran.

Aunque desde hacia tiempo tenían los Señores prevista la ruina de la libertad, les perturbó esta demanda,

y aun conociendo el peligro en que estaban, por no faltar á su patria, resueltamente la negaron.

Como señal de religión y humanidad, había elegido el Duque para morada suya el convento de frailes Menores de Santa Cruz. Deseoso de ejecutar sus malas ideas, convocó por bando al pueblo para que, á la mañana siguiente, se reuniera en la plaza de Santa Cruz ante él. Este bando asustó mucho más á los Señores que la demanda antedicha, y se unieron á los ciudadanos que juzgaban amantes de la patria y de la libertad. Conocedores de la fuerza del Duque, sólo proyectaban rogarle, y ver si por este medio, ya que el de la fuerza era insuficiente, le apartaban de su designio, ó lograban que su dominación fuese menos acerba. Fueron, pues, algunos de los Señores á verle, y uno de ellos le habló de esta manera:

«Venimos á vos, señor, impulsados, primero por vuestra petición, y después por la orden que habéis publicado para reunir al pueblo, pues parece que queréis obtener por medio extraordinario lo que por el ordinario no hemos querido daros. No es nuestro ánimo oponernos con la fuerza á vuestros intentos, sino sólo demostraros la gravedad del peso que queréis echar sobre vos y lo peligroso del partido que adoptáis, para que siempre recordéis nuestro consejo y los de aquellos que, no por vuestra utilidad, sino por saciar su rabia, os inducen á lo contrario. Deseáis convertir en sierva una ciudad que siempre ha vivido libre, porque la Señoría que concedimos al reino de Nápoles fué alianza y no servidumbre. ¿Habéis considerado cuánto importa á una ciudad como ésta y cuánto la entusiasma sólo el nombre de libertad, de esa libertad que no doma la fuerza, ni

extingue el tiempo, ni compensa ningún mérito personal?

»Pensad, señor, el esfuerzo que es necesario para tener en servidumbre tan gran ciudad. Las fuerzas extranjeras que hayáis de sostener serán insuficientes, y de las de aquí no podréis fiaros, porque los que ahora son amigos vuestros y os impulsan á tomar este partido, cuando con la ayuda de vuestra autoridad hayan dominado á sus enemigos, buscarán los medios de deshacerse de vos, para ser ellos quienes gobiernen.

»La plebe, en quien vos confiáis, por el menor accidente cambia; de suerte que, al poco tiempo, tened por cierto que toda la ciudad será enemiga vuestra, lo cual ocasionará vuestra pérdida y la suya. No podréis encontrar remedio á este mal, porque sólo pueden ejercer su autoridad seguramente los Señores que tienen pocos enemigos y pueden acabar con ellos, ó matándoles ó desterrándoles; pero cuando el odio es universal, no se encuentra seguridad alguna, porque no se sabe dónde ni cómo estallará el conflicto. Quien teme á todos, en ninguno puede tener confianza; y si lo intenta, acrece el propio peligro, porque los que á su lado quedan le odian más y están más dispuestos á vengarse.

»Ciertísimo es que el trascurso del tiempo no basta para hacer olvidar el amor á la libertad, pues frecuentemente se oye que la restablecieron en un pueblo los que jamás la habían gozado y sólo por el recuerdo de lo que sus antecesores la amaban, y que, una vez recobrada, con gran constancia y á costa de todo género de peligros la conservaron. Aunque no recordaran la libertad por el amor de sus antepasados, los palacios públicos, los sitios en que se ejercía la magistratura, las enseñanzas

y banderas del gobierno libre, se la recordarian; cosas todas que los ciudadanos conocen y excitan su oposición á todo linaje de servidumbre.

»¿Cuáles serán vuestras obras que contrabalanceen la satisfacción de vivir libres y que borren en el ánimo de los hombres su amor al estado que hoy gozan? No; aunque sujetarais á vuestra dominación toda la Toscana; aunque volvierais todos los días á esta ciudad victorioso de nuestros enemigos, toda esta gloria no sería de ella, sino vuestra, y los ciudadanos no adquirirían súbditos, sino compañeros de servidumbre, que agravarían el yugo á que todos estuvieran sujetos.

»Aunque vuestras costumbres fueran santas, vuestros procedimientos benignos, y rectos vuestros juicios, no bastarán á haceros amar; y si creéis que son suficientes, os engañáis, porque á los acostumbrados á vivir sueltos cualquier cadena les pesa, cualquier ligadura les oprime. Además, es imposible un buen príncipe con un estado de cosas violento, pues por necesidad ó el príncipe se ajusta á las exigencias de la situación, ó aquel ó ésta pronto se arruinan.

»Tenéis, pues, que elegir, ó el sujetar con suma violencia esta ciudad, para lo cual no bastan muchas veces ni ciudadelas, ni guardias, ni amigos extranjeros, ó contentaros con la autoridad que os hemos dado, que es lo que os aconsejamos, recordándoos que sólo es duradera la dominación cuando voluntariamente se consiente. No queráis, impulsado por la ambición, llegar á una altura, desde donde, no pudiendo permanecer ni subir más, con grandísimo daño vuestro y nuestro tengáis que caer.»

XXXV. No conmovieron en manera alguna estas palabras el ánimo tenaz del Duque. Respondió que no in-

tentaba quitar la libertad á aquella ciudad, sino devolvérsela, porque eran siervas las ciudades cuando estaban desunidos sus habitantes, y libres cuando se unían; de suerte que, si con su autoridad lograba librar á Florencia de sectas, ambiciones y enemistades, lejos de privarle de libertad, se la devolvería. Que no su ambición, sino los ruegos de muchos ciudadanos, le obligaban á tomar aquel cargo, por lo cual harían bien ellos en contentarse con lo que satisfacía á los demás. Que los peligros que esta determinación le ocasionara los desdenaba, porque no era propio de hombre virtuoso dejar de hacer el bien por temor al mal, y si de pusilánime no realizar una gloriosa empresa por temor á las consecuencias, y que esperaba portarse de tal modo, que dentro de poco tiempo comprenderían cuán injustificada era su desconfianza y lo vano de su excesivo temor.

Convinieron los Señores, al ver que no podían hacer cosa mejor, en que á la mañana siguiente se reuniera el pueblo en su plaza y, por voluntad de éste, se diera al Duque la Señoría durante un año, con las mismas atribuciones que la dieron anteriormente á Carlos, duque de Calabria.

El 8 de Septiembre de 1342 el Duque, acompañado de Juan de la Tosa, de todos sus partidarios y de muchos otros ciudadanos, fué á la plaza, y con los Señores salió á la tribuna (que así llaman los florentinos á las gradas puestas al pié del palacio de los Señores), y desde allí leyeron al pueblo lo convenido entre la Señoría y el Duque. Cuando en la lectura se llegó al párrafo en que se le concedía la Señoría *por un año*, gritó el pueblo: *Por toda su vida*. Levantóse Francisco Rustichelli, uno de los Señores, para hablar y apaciguar el tumulto; pero

los gritos de la muchedumbre se lo impidieron; de modo que, con consentimiento del pueblo, no por un año, sino á perpetuidad, fué elegido Señor y, apoderándose la multitud de su persona, la llevó en triunfo, aclamando en la plaza su nombre.

Era costumbre que el encargado de la guardia del Palacio permaneciese dentro de él en ausencia de los Señores. Desempeñaba entonces dicho cargo Rinieri de Giotto. Ganado éste por los amigos del Duque, sin esperar que le forzaran á ello, le metió dentro. Los Señores, asustados y deshonrados, fuéronse á sus casas, y las gentes del Duque saquearon el Palacio, desgarraron la bandera del pueblo, y pusieron en lo alto del edificio la del Duque; cosas hechas con gran dolor y pesar de los buenos, y con grandísimo contento de aquellos que, por ignorancia ó malicia, las consentían.

XXXVI. Adquirida de este modo la Señoría, el Duque de Atenas, para privar de autoridad á los que solían ser defensores de la libertad, prohibió á los Señores reunirse en el Palacio, señalándoles para ello una casa particular; quitó las banderas á los confaloneros de las compañías del pueblo; anuló los reglamentos de justicia hechos contra los grandes; puso en libertad á los que estaban presos en la cárcel; hizo volver del destierro á los Bardi y á los Frescobaldi; prohibió á todos el uso de armas y, á fin de defenderse mejor de los de dentro, hizose amigo de los forasteros. Para esto benefició á los de Arezzo y á todos los demás súbditos de los florentinos; ajustó la paz con los pisanos, aunque había sido proclamado príncipe para hacerles la guerra; suprimió el pago de los créditos á los comerciantes que, para la guerra de Luca, habían prestado dinero á la República;

aumentó los antiguos impuestos, creó otros nuevos y privó á los Señores de toda autoridad. Sus consejeros eran Baglione de Perusa, Guillermo Bini, Ascesi, y Cerezzieri Bisdomini.

Los tributos que estableció eran muy pesados, sus sentencias injustas, y la severidad y humanidad que había fingido se convirtió en crueldad y soberbia. Muchos nobles y ciudadanos notables eran multados ó muertos, ó sujetos á tormentos de nueva invención. Para no gobernar mejor fuera que dentro de la ciudad, nombró seis Rectores destinados á los campos, que apaleaban y robaban á los campesinos. Sospechaba de los nobles, á pesar de los servicios que le habían prestado y de haber devuelto muchos á su patria, porque no podía creer que los sentimientos elevados que suelen encontrarse en la nobleza estuvieran satisfechos con sólo obedecerle. Por esto se dedicó á favorecer á la plebe, creyendo que con la amistad de ésta y las armas extranjeras podría conservar la tiranía.

Llegado el mes de Mayo, que es cuando acostumbra el pueblo á celebrar sus fiestas, organizó con la plebe y el populacho muchas compañías, á las cuales honró con títulos espléndidos, dándoles banderas y dinero. De esta suerte, unos andaban festejando por las calles, y otros recibían á aquéllos con grandísima pompa.

Cuando corrió la noticia de la proclamación del Duque como Señor, vinieron á buscarle muchos franceses, y á todos ellos, como merecedores de su confianza, les daba cargos; de modo que Florencia llegó á estar al poco tiempo, no sólo sometida á los franceses, sino también á sus hábitos y costumbres; porque hombres y mujeres, sin vergüenza ni miramiento á los usos de la patria, les imi-

taban. Pero lo que sobre todo causó mayor enojo, eran los atentados del Duque y de los suyos al honor de las mujeres.

Estaban, pues, los ciudadanos indignadísimos viendo la majestad de su patria arruinada, desdeñadas las instituciones públicas, anuladas las leyes, corrompidas las costumbres, despreciada la decencia. Los ciudadanos no acostumbrados á presenciar pompas reales, veían con dolor á su nuevo Señor escoltado por satélites armados á pié y á caballo; y advirtiéndole más de cerca su propia ignominia, tenían por necesidad que honrar á quien más odiaban, añadiéndose á esta vergüenza el temor, por las muchas muertes y continuos impuestos con que agotaba y empobrecía la ciudad.

Conocía el Duque esta indignación y este miedo, y temía las consecuencias, aunque fingía creer que todos le amaban. De aquí que, habiéndole denunciado Mateo de Morozzo, ó por ganar su gratitud, ó por librarse de peligro, que la familia Médicis con algunos otros conspiraban contra él, no sólo no procuró averiguar la verdad sino que hizo morir miserablemente al delator, con lo cual desanimó á los que quisieran advertirle lo que convenía á su salvación, y alentó á los que procuraban su ruina.

A Bettone Cini, por haber censurado los impuestos con que gravaba á los ciudadanos, le hizo cortar la lengua tan cruelmente, que murió (1343). Esto aumentó la indignación y el odio al Duque porque, acostumbrada aquella ciudad á hacerlo todo y á hablar de todo con completa libertad, no podía sufrir que le ataran las manos y taparan la boca.

Tanto creció la indignación y el odio, que no ya á

los florentinos, igualmente incapaces de conservar la libertad y sufrir la esclavitud, sino al pueblo más servil, hubiesen excitado á recobrar su libertad; y por ello muchos ciudadanos de todas condiciones determinaron reconquistarla aunque fuera á costa de su vida. Formáronse tres conjuraciones de florentinos de tres clases sociales, nobles, clase media y artesanos, impulsados, además de la causa general, los primeros por creer que no habían recobrado su poderío, los segundos por haberlo perdido y los artesanos por carecer de medios de subsistencia.

Era arzobispo de Florencia Agnolo Acciajuoli, que en sus sermones había ensalzado antes la conducta del Duque, atrayéndole el favor del pueblo; pero cuando le vio Señor y conoció sus actos de tiranía, parecióle que había engañado á su patria y, para enmendar la falta cometida, juzgó no haber otro recurso sino el de que la misma mano que había causado la herida, la curase. Hízose, pues, jefe de la primera y más fuerte conjuración, en la cual entraron los Bardi, Rossi, Frescobaldi, Scali, Altoviti, Magalotti, Strozzi y Mancini. Una de las otras dos la dirigían Manno y Corso Donati, y con éstos los Pazzi, Caviccioli, Cerchi y Albizzi. De la tercera el principal era Antonio Adimari, y con él los Médicis, Bordoni, Rucellai y Aldobrandini.

Proyectaron matarle en casa de los Albizzi, donde creían fuese el día de San Juan para ver unas corridas de caballos; pero no fué, y el proyecto fracasó. Intentaron acometerle cuando paseaba por la ciudad; pero esto era difícil, porque iba siempre acompañado y armado y variaba de continuo sus paseos, de modo que no se le podía esperar en sitio determinado. Pensaron asesinarle en

el Consejo, pero temían quedar á discreción de sus tropas, aun después de acabar con él.

Mientras los conjurados deliberaban sobre el modo de realizar su deseo, Antonio Adimari descubrió el intento á algunos de sus amigos sieneses, para obtener de ellos socorro, diciéndoles los nombres de varios conjurados y asegurando que toda la ciudad estaba resuelta á librarse del Duque. Uno de los sieneses habló del asunto á Francisco Brunelleschi, no por descubrir la conjuración, sino por creer que era de los conspiradores. Maese Francisco, ó por miedo ó por odio á los conjurados, lo reveló todo al Duque, siendo presos Pagolo de Mazzecca y Simón de Monterappoli quienes, al declarar la calidad y número de éstos, asustaron al Duque. Diéronle algunos el consejo de que prefiriese ordenar á los conspiradores presentarse ante él á mandar prenderles, porque, si se escapaban, con su voluntario destierro lograría la seguridad sin escándalo.

Siguiendo esta opinión, hizo llamar el Duque á Antonio Adimari, que se presentó inmediatamente confiando en sus cómplices que, en efecto, le auxiliaron. Francisco Brunelleschi y Uguccione Buondelmonte aconsejaron al Duque que recorriera armado las calles y ordenara matar á los que cogiera; pero no juzgó acertada esta idea, por creer escasas sus fuerzas contra tantos enemigos; tomó, pues, otra determinación que, de tener buen éxito, le aseguraba de sus enemigos, procurándole nuevas fuerzas.

Acostumbraba el Duque, en casos especiales, á llamar á los ciudadanos para que le aconsejaran. En el actual, después de enviar fuera de la ciudad á pedir refuerzos, formó una lista de trescientos nombres de ciudadanos y,

so color de querer oír su consejo, les convocó por medio de sus dependientes, intentando librarse de ellos cuando estuvieran reunidos, ó con la muerte ó con la prisión.

Pero la captura de Antonio Adimari y el enviar por refuerzos, cosas ambas que no podían hacerse en secreto, alarmó á los ciudadanos, sobre todo á los comprometidos, negándose los más audaces á obedecer al Duque. Como cada conjurado tenía la lista de todos, al encontrarse unos á otros se animaban mutuamente á empuñar las armas, prefiriendo morir como hombres con las armas en la mano, á dejarse llevar como tímidos animales al matadero. De esta suerte, á las pocas horas se habían descubierto unos á otros los complicados en las tres conjuraciones, y determinaron que al día siguiente, que era el 25 de Julio de 1343, estallara un tumulto en el Mercado Viejo, y después armarse, llamando á todo el pueblo para recuperar la libertad.

XXXVII. Al siguiente día á la hora nona, conforme á lo acordado, tomaron las armas, y todo el pueblo, al grito de libertad, se armó, haciéndose cada cual fuerte en su barrio, bajo las banderas con las divisas del pueblo, que secretamente habían hecho los conjurados. Los jefes de las familias, tanto de las nobles como de las del pueblo, se reunieron y juraron defenderse y matar al Duque. Sólo faltaron á esta reunión algunos de los Boundelmonti y de los Cavalcanti, y las cuatro familias del pueblo que concurrieron á dar al Duque la Señoría, los cuales, unidos á los carniceros y al populacho, se reunieron en la plaza para defender al Duque.

Al saber éste el alboroto, hizo armarse á los que estaban en el Palacio y á los suyos, alojados en distintos

puntos, quienes salieron á caballo para ir á la plaza, pero en las calles fueron en varios sitios atacados y muertos; sin embargo, llegaron á unirse al Duque unos trescientos caballos. Dudaba éste si salir del Palacio para atacar á los enemigos, ó defenderse dentro de él. En el campo contrario los Medicis, Cavicciuli, Rucellai y otras familias de las más ofendidas temían que, si se presentaba, muchos de los que habían tomado las armas contra él se pusieran á su lado. Para impedirle salir y aumentar sus fuerzas, atacaron resueltamente á los de la plaza. Al ver la acometida, las familias del pueblo que se habían armado en favor del Duque de Atenas mudaron de opinión, puesto que la fortuna de éste cambiaba, y se pasaron á los sublevados, salvo Uguccione Buondelmonte, que entró en el Palacio, y Giannozzo Cavalcanti que, retirándose con algunos de sus amigos al Mercado Nuevo, se subió á un banco y arengó á los que estaban armados en la plaza para que acudieran á la defensa del Duque, exagerando, para asustarles, las fuerzas con que éste contaba, y amenazándoles con que todos serían muertos si se obstinaban en continuar la empresa contra su Señor; pero no encontrando quien le siguiera, ni quien castigara su atrevimiento y viendo que se fatigaba en vano, para no poner más á prueba la fortuna, se encerró en su casa.

Mientras tanto, era grande la lucha en la plaza entre el pueblo y los partidarios del Duque, y aunque ayudaban á éstos los que estaban en el Palacio, fueron vencidos, entregándose parte de ellos á sus enemigos y refugándose los demás en el Palacio, después de abandonar sus caballos.

Mientras se peleaba en la plaza, Corso y Américo

Donati, con parte del pueblo, abrieron la cárcel pública, quemaron los papeles del Podestá y de la Cancillería, saquearon las casas de los Rectores y mataron á cuantos funcionarios del Duque pudieron encontrar.

Por su parte, el Duque, viendo perdida la plaza, á toda la ciudad hostil y sin esperanza de auxilio, intentó ganarse al pueblo con algún rasgo de generosidad, é hizo que trajeran á su presencia á los prisioneros, á quienes con afectuosas frases puso en libertad. A Antonio Adimari, á pesar de su resistencia, le dió el título de caballero, mandó quitar su bandera de lo alto del Palacio y poner la del pueblo, cosas todas que, hechas tarde é inoportunamente, porque las hacía forzado y no de buena voluntad, de nada le sirvieron. Estaba, pues, sitiado en el Palacio, considerando tristemente que por haber querido demasiado lo perdía todo, y temiendo morir dentro de pocos días, ó por hambre, ó por hierro.

Los ciudadanos se reunieron en Santa Reparata para organizar un gobierno, y eligieron catorce de ellos, por mitad nobles y plebeyos, los cuales, con el Obispo, recibieron la autoridad necesaria para reorganizar la gobernación. Además, eligieron otros seis para desempeñar las funciones del Podestá, hasta que éste fuera nombrado.

Habían llegado á Florencia, en auxilio del pueblo, muchos forasteros, y entre éstos algunos sieneses con seis embajadores, hombres muy considerados en su patria, quienes empezaron á gestionar entre el pueblo y el Duque; pero el pueblo se negó á todo convenio si primero no ponían en sus manos á Guillermo de Ascesi, al hijo de éste, y á Cerretieri Bisdomini. Negábase el Duque á entregarles; pero, amenazado por los que estaban ence-

rrados con él, dejó que les dieran. Sin duda alguna los odios son mayores y las heridas más graves cuando se reconquista la libertad que cuando se defiende. Guillermo y su hijo fueron expuestos á las iras de millares de sus enemigos. Su hijo apenas contaba diez y ocho años, y ni su edad, ni su belleza, ni su inocencia le salvaron de la furia de la multitud. Los que no pudieron herirles vivos les hirieron muertos, y no satisfechos con hundir en sus cuerpos los aceros, con las manos y los dientes los desgarraban. Para que todos los sentidos participaran de la venganza, habiendo oído primero sus lamentos, visto sus heridas, tocado su lacerada carne, querían todavía gustarla para que, satisfecho lo exterior de sus cuerpos, lo estuviera también lo interno. Este rabioso furor contra los Asceti fué útil á Cerretieri, porque, ocupada la multitud en las crueldades que cometía contra éstos, no se acordó de aquél y, no insistiendo en pedirle, permaneció en Palacio, de donde algunos parientes y amigos le sacaron á la noche siguiente, poniéndole en salvo.

Cuando apagó la multitud la sed de venganza con la sangre de los Asceti, se hizo el convenio, cuyas condiciones eran que el Duque se fuera con los suyos y sus bienes, renunciando á toda pretensión sobre Florencia, y que, cuando estuviera en Casentino, fuera de los dominios florentinos, ratificara la renuncia.

Conforme á este convenio, partió de Florencia el 6 de Agosto, acompañándole muchos ciudadanos, y al llegar á Casentino, aunque mal de su grado, ratificó la renuncia. Seguramente no hubiera cumplido esta promesa de no amenazarle para ello el conde Simón con llevarle de nuevo á Florencia.

Fué el Duque, como lo demostró su gobierno, avaro y cruel, difícil en dar audiencia y altanero en las respuestas; quería la servidumbre, no la benevolencia de los hombres, y deseaba ser más bien temido que amado. No era su persona mejor que sus costumbres: pequeño y negro, con barba larga y rala, inspiraba por todos conceptos repugnancia. Sus detestables costumbres le privaron á los diez meses de aquella Señoría que los pérfidos consejos de algunos le habían hecho obtener.

XXXVIII. Los sucesos ocurridos en la ciudad alentaron á todas las poblaciones sujetas á los florentinos á recobrar su libertad, y se rebelaron Arezzo, Castiglione, Pistoia, Volterra, Colle y San Gimignano; quedando así, de un golpe, privada Florencia del tirano y de sus dominios porque, al recobrar su libertad, enseñó á sus súbditos la manera de reconquistarla también ellos.

Después de la expulsión del Duque y de la pérdida de la dominación, los Catorce ciudadanos y el Obispo creyeron que sería más eficaz atraerse á los súbditos con tratos amistosos, que convertirlos, por la guerra, en enemigos, y mostrarse tan satisfechos de la libertad de ellos como de la suya propia. Enviaron, por tanto, embajadores á Arezzo para renunciar á la soberanía que sobre aquella ciudad ejercían y á tratar con sus habitantes á fin de obtener, como amigos, las ventajas que les reportaban antes como súbditos.

Con las demás ciudades también trataron de la mejor manera que pudieron para tenerlas aliadas y obtener de esta suerte los medios de asegurar recíprocamente su libertad.

Esta prudentísima determinación tuvo el mejor éxito, porque Arezzo, á los pocos años, volvió al poder de los

florentinos, y á los pocos meses las demás ciudades se sometieron igualmente á su obediencia. Así se obtiene muchas veces lo que se desea, más pronto y con menos peligro y gasto, pareciendo renunciar á ello, que empleando la fuerza y la obstinación para adquirirlo.

XXXIX. Arreglados los asuntos exteriores, se dedicaron á los de dentro de la ciudad y, después de algunas disputas entre los nobles y el pueblo, convinieron en que aquéllos tuvieran en la Señoría la tercera parte, y de los demás cargos públicos, la mitad. Estaba la ciudad, como antes hemos dicho, dividida en seis barrios ó distritos, siendo elegidos seis Señores, uno por cada barrio.

Algunas veces, por sucesos extraordinarios, eran elegidos doce ó trece, pero, pasados aquéllos, volvían á ser seis. Pareció conveniente reformar este punto, ya por estar mal distribuidos los seis barrios, ya porque, teniendo que dar participación á los nobles, conviniera aumentar el número de los Señores. Redujeron, pues, los distritos ó barrios á cuatro, y por cada uno eligieron tres Señores. No se trató del Confaloniero de la justicia, ni de las compañías del pueblo, y en vez de los doce Hombres buenos, crearon ocho Consejeros, cuatro de la nobleza y cuatro del pueblo.

Organizado de este modo el gobierno, hubiera gozado de tranquilidad Florencia, si los nobles se contentaran con vivir dentro de los límites de la modestia que el orden civil exige; pero hicieron lo contrario, porque como particulares no querían que les igualasen, y como magistrados pretendían la supremacía, dando diariamente ejemplos de su insolencia y soberbia, cosa que desagradaba al pueblo, y le hacía dolerse de que, por la desaparición de un tirano, nacieran mil.

Tanto crecieron, de una parte la insolencia y de otra la indignación, que los principales del pueblo mostraron al Obispo la conducta desleal de los nobles y su malquerencia á los demás ciudadanos, persuadiéndole de que debía procurar se contentaran los grandes con su participación en los demás cargos, dejando los de la Señoría exclusivamente al pueblo.

Era el Obispo naturalmente bueno, pero susceptible de dejarse llevar á uno ú otro partido; y de aquí que, á instancia de sus parientes, hubiera favorecido primero al duque de Atenas, y después, por consejo de otros ciudadanos, entrara en la conjuración contra él. En la reforma del Gobierno había auxiliado á los nobles y, por lo mismo, pareciale ahora justo, convencido por las razones que los ciudadanos le daban, favorecer al pueblo. Creyendo encontrar en los demás la escasa estabilidad de opiniones que él tenía, juzgaba poder arreglar las cosas amistosamente, y convocó á los Catorce, quienes aun no habían perdido la autoridad. Con las mejores frases que encontró les aconsejó ceder de buen grado la Señoría al pueblo, prometiendo en cambio la tranquilidad de la ciudad, y sospechando que, de no hacerlo, sobreviniera la ruina de los nobles.

Tales palabras irritaron mucho el ánimo de éstos, y Rodolfo de Bardi le reprendió con ásperas frases, llamándole hombre de escasa fe; calificó de ligereza el afecto que tuvo al Duque, y de traición su intervención en la conjura para echarle, y aseguró, por último, que los honores que á todo riesgo habían conquistado, á todo riesgo también querían defenderlos. Partió de allí con sus compañeros, muy descontentos del Arzobispo, y á sus parientes y á todas las familias nobles dieron cuenta de lo ocurrido.

Los del pueblo hicieron lo mismo con los suyos y, mientras los nobles preparaban los socorros para defender á los Señores elegidos de su clase, no esperó el pueblo á que los tuvieran reunidos, y corrió armado á la plaza, gritando que quería renunciaran los grandes á la Señoría. El tumulto y el escándalo eran grandes, y los Señores estaban aislados, porque los nobles, viendo á todo el pueblo armado, no se atrevieron á tomar las armas y cada cual estuvo encerrado en su casa. Los Señores de elección popular se esforzaban por tranquilizar al pueblo, asegurando que sus compañeros de la nobleza eran hombres modestos y buenos, pero nada consiguieron, apelando al único recurso de enviar á los Señores de la nobleza á sus casas, á donde, no sin trabajo ni peligro, fueron conducidos.

Al partir los nobles del Palacio, fueron privados también de sus cargos los cuatro consejeros de esta clase, y eligieron doce del pueblo. Añadieron á los ocho Señores que quedaban un Confaloniero de la justicia y diez y seis confaloneros de las compañías del pueblo, reformando el Consejo de suerte que todo el gobierno quedara al arbitrio del pueblo.

XL. Cuando ocurrieron estos sucesos era grande la carestía en la ciudad, de modo que los nobles y la plebe estaban descontentos, ésta por el hambre y aquéllos por haber perdido su intervención en el gobierno. Quiso aprovechar tal estado de cosas Andres Strozzi para quitar á su patria la libertad. Vendía éste el trigo á menor precio que los otros, y por ello acudía mucha gente á su casa. Atrivióse una mañana á montar á caballo, seguido de algunos ciudadanos, llamó al pueblo á las armas, reuniendo en breves horas más de cuatro mil hom-

bres, con quienes fué á la plaza de la Señoría y pidió que le abrieran el Palacio; pero los Señores, con amenazas y con las armas, les alejaron de la plaza, y después, de tal modo les asustaron con los bandos, que poco á poco cada cual volvió á su casa, quedando sólo Andres que con gran trabajo pudo librarse de las manos de la justicia.

Esta empresa, aunque temeraria y teniendo el fin que las de su indole suelen tener, dió esperanza á los nobles de poder dominar al pueblo, viendo que la plebe le era contraria; y para no perder la ocasión, determinaron procurarse todos los socorros que podían ayudarles á reconquistar á viva fuerza, pero con justicia, lo que á viva fuerza é injustamente les habían arrebatado. Tanta llegó á ser su confianza en la victoria que públicamente se proveían de armas, fortificaban sus casas y enviaban á pedir socorros á sus amigos hasta en Lombardia.

El pueblo, por su parte, de acuerdo con los Señores, también se preparaba, armándose y pidiendo auxilio á los de Siena y Perugia. Ya habían recibido los socorros ambas partes; toda la ciudad estaba armada; los nobles que vivían del lado de acá del Arno se habían fortificado en tres puntos, en la casa de los Cavicciuli, inmediata á San Juan, en las de los Pazzi y los Donati, en San Pedro Mayor y en la de los Cavalcanti en el Mercado Nuevo. En el lado de allá del Arno se habían hecho fuertes en los puentes y en las calles donde tenían sus casas. Los Nerli defendían el puente de la Carraja; los Frescobaldi y los Manuelli, Santa Trinidad, y los Rossi y los Bardi, el Puente Viejo y el de Rubaconte.

El pueblo se reunió bajo el confalón de la justicia y las banderas de las compañías de las artes y oficios.

XLI. Así distribuidas las fuerzas, pareció al pueblo

que no debía diferir la lucha, y fueron los primeros en empezarla los Médicis y los Rondinelli, que atacaron á los Cavicciuli por la parte que dan sus casas á la plaza de San Juan. Fué allí grande la pelea, porque desde las torres arrojaban piedras á los asaltantes, y en la calle les herian con las ballestas. Duró esta batalla tres horas. Los del pueblo seguían recibiendo refuerzos, tanto, que los Cavicciuli, viéndose agobiados por la multitud de enemigos y faltos de socorro, se asustaron y rindieron. Los vencedores respetaron sus casas y bienes, quitándoles sólo las armas y ordenándoles en seguida que, con sus parientes y amigos, se distribuyeran desarmados en las casas de los del pueblo.

Vencidos estos nobles en el primer ataque, lo fueron después más fácilmente los Pazzi y los Donati, por ser menos poderosos. Del lado de acá de Arno sólo quedaban los Cavalcanti, fuertes por el número de sus hombres y la posición que ocupaban; sin embargo, cuando vieron que les atacaban todas las compañías y que sólo tres de ellas habían vencido á los otros, sin hacer gran defensa, también se rindieron.

Estaban ya tres cuartas partes de la ciudad en manos del pueblo, y sólo quedaba una en poder de los nobles; pero era la más difícil de tomar, por el poder de los que la defendían y por su situación, resguardándola el río Arno de tal modo, que era preciso tomar los puentes, los cuales, según antes dijimos, estaban guardados. El primer ataque fué contra el Puente Viejo, donde se hizo gallarda defensa, porque las torres estaban bien armadas, las calles con barricadas y en éstas combatían hombres muy valerosos, tanto, que el pueblo fué rechazado con grandes pérdidas. Conociendo que en este sitio se esfor-

zaban inútilmente, intentaron pasar por el puente Rubaconte y, encontrando la misma dificultad, dejaron cuatro compañías frente á estos dos puentes y con las demás atacaron el de la Carraja. Aunque los Nerli lo defendieron valerosamente, no pudieron resistir el ímpetu del pueblo, ó por ser el puente, que carecía de torres para su defensa, más débil que los otros, ó porque fueron atacados al mismo tiempo por los Capponi y otras familias del pueblo vecinas á dicho puente. Acometidos por todos lados, abandonaron las barricadas, dejando franca la vía al pueblo, que, después de los Nerli, venció á los Rossi y Frescobaldi, con lo cual todos los del pueblo del lado de allá del Arno se unieron á los vencedores.

Quedaban sólo los Bardi, á quienes ni el vencimiento de los otros, ni la unión del pueblo contra ellos, ni la escasa esperanza de auxilio atemorizaban, prefiriendo morir peleando ó ver incendiadas y saqueadas sus casas á someterse voluntariamente al arbitrio de sus enemigos. Defendíanse, pues, con tanta tenacidad, que en vano intentó varias veces el pueblo vencerles, atacando por el puente Viejo ó por el de Rubaconte, pues siempre era rechazado con muchos muertos y heridos.

Habíase hecho tiempo atrás una calle por la cual se llegaba á la Vía Romana y, por dentro de las casas de los Pitti, á la muralla edificada sobre la colina de San Jorge. Por este camino envió el pueblo seis compañías con orden de atacar por la espalda la casa de los Bardi. Este asalto hizo á los Bardi perder ánimo, y al pueblo vencer en la empresa, porque al saber los que guardaban las barricadas que sus casas eran atacadas, abandonaron la lucha, acudiendo á la defensa de aquéllas.

Entonces se tomó la barricada del Puente Viejo, y

fueron puestos en fuga por todos lados los Bardi, á quienes recibieron los Quaratesi, Panzanesi y Mozzi. Entretanto el pueblo, y sobre todo el populacho, sediento de botín, saqueaba y robaba todas sus casas, y derribaba sus palacios y torres con tanta rabia, que el más cruel enemigo del nombre florentino se avergonzara de cometer tales destrozos.

XLII. Vencidos los nobles, reorganizó el gobierno el pueblo y, por estar éste dividido en tres clases, potente media y baja, se determinó que la primera tuviese dos Señores, tres la segunda y tres la tercera, siendo elegido el Confaloniero de todas sucesivamente. Se restablecieron además todos los reglamentos de justicia contra los nobles y, para debilitar su influencia, mezclaron á muchos de ellos con la multitud del pueblo.

Tan grande fué este desastre de los nobles y tanto les humilló, que en adelante jamás se atrevieron á empuñar las armas contra el pueblo y quedaron para siempre sometidos; lo cual fué causa de que Florencia perdiese, no sólo su crédito militar, sino todo sentimiento de grandeza y generosidad en sus empresas.

Desde estos desastres hubo tranquilidad en Florencia hasta 1353, en cuya época sufrió la memorable peste que con tanta elocuencia describe Juan Boccaccio y que hizo perder á Florencia más de 96.000 almas. Entonces también mantuvieron los florentinos la primera guerra con los Visconti, causada por la ambición del Arzobispo, que era príncipe de Milán.

Terminada esta guerra, comenzaron de nuevo las facciones en el interior y, á pesar de la destrucción de la nobleza, no faltaron á la mala fortuna medios para que renacieran con nuevas divisiones, nuevos trabajos.

LIBRO TERCERO.

SUMARIO.

- I. Reflexiones sobre las discordias intestinas en las repúblicas. Paralelo entre las discordias en Roma y en Florencia.—
- II. Enemistad entre las dos familias Albizzi y Ricci.—
- III. Origen de las amonestaciones y escándalos que produjeron (1357).—
- IV. Limitaciones que se fijan á los Capitanes del partido güelfo.—
- V. Muchos ciudadanos, disgustados por los desórdenes en la ciudad, se reúnen en San Pedro Scheraggio, y desde allí se dirigen en busca de los Señores para inducirles á que procuren la paz en Florencia.—
- VI. Los Señores encargan el restablecimiento de la tranquilidad á cincuenta ciudadanos, que, favoreciendo más al partido güelfo que al contrario, dan ocasión á que la semilla de las discordias fructifique con mayor fuerza.—
- VII. Guerra de los florentinos contra el Legado del papa Gregorio XI, que les atacó en tiempo de carestía, creyendo someterles (1375). Liga de los florentinos con Bernabé Visconti y con todas las ciudades enemigas de la Iglesia, contra el Papa.—
- VIII. Divídese Florencia en dos bandos, el de los capitanes del partido güelfo y el de los Ocho encargados de la guerra (1378).—
- IX. Silvestre de Médicis elegido confaloniero. Su ley contra los capitanes del partido güelfo y en favor de los amonestados (1378). Los Colegios la desaprueban.—
- X. Obligados por la actitud del pueblo, la aprueban después. Sublevación en Florencia.—
- XI. Procuran en vano dominarla los magistrados y el confaloniero Guicciardini, haciendo muchas concesiones á los amonestados.—
- XII. Origen de las corporaciones ó gremios de las artes.—
- XIII. El